Su cuerpo sudaba como si estuviera atrapado en un horno industrial, rostizándose como pollo olvidado en la parrilla de un puesto callejero. La piel le brillaba con una capa de transpiración que parecía aceite de motor, y se retorcía abruptamente en el suelo de su cuarto, metido en una clase de trance que lo hacía parecer un gusano epiléptico intentando escapar de un charco de salsa picante. No era un simple desmayo ni un mal viaje por sobredosis; no, esto era algo más grande, algo místico y aterrador. En su mente febril, tenía una visión muy clara de un futuro horrible, un futuro que lo espantó hasta los huesos, sacudiéndolo como si un espectro le hubiera dado una cachetada. Pero antes de llegar a ese punto, retrocedamos un poco para entender cómo El Chupe terminó en este estado lamentable.

José Luis, mejor conocido como "El Chupe", era un especimen singular en el ecosistema de la Ingeniería Eléctrica, una especie de criatura mitológica que parecía haber sido creada en un laboratorio clandestino por un científico loco con demasiado café y pocas ganas de dormir. Su dieta era un poema tragicómico, un sofisticado menú que combinaba cigarrillos baratos —de esos que huelen a cartón quemado y probablemente están hechos con el papel reciclado— con sopas Maruchan que parecían diseñadas por un chef sádico especializado en torturar tanto el paladar como el hígado. Cada cucharada era un grito de auxilio de su sistema digestivo, un SOS que él ignoraba mientras se tragaba el caldo naranja fosforescente como si fuera el néctar de los dioses. Pero no te equivoques: El Chupes no era un simple mortal con pulmones ahumados y un presupuesto de estudiante en bancarrota que apenas le alcanzaba para pagar el camión y un Six de Tecate los viernes. No, señores, él era un ingeniero eléctrico "en potencia", una frase que en su caso significaba que llevaba tres años estancado en primer semestre, como si el tiempo le hubiera dado un zape cósmico en la nuca y lo hubiera dejado atrapado en un bucle eterno de tareas no entregadas, exámenes reprobados y promesas vacías de "ahora sí me voy a poner las pilas".

Mientras sus compañeros de la universidad se rompían la cabeza con circuitos enredados como espagueti eléctrico y ecuaciones diferenciales que parecían escritas en jeroglíficos, El Chupe tenía prioridades más... elevadas, por decirlo de alguna manera. Sus días los pasaba vagueando en su cuartucho alquilado, un espacio que olía a mezcla de tabaco, sudor y plástico quemado de algún experimento fallido con cables pelados. Pero eran las noches las que revelaban su verdadera vocación: navegar en los rincones más oscuros, apestosos y desquiciados de internet, específicamente en un foro bautizado con el poético y nada siniestro nombre de "La Cueva de Satán". Este lugar era un vertedero digital, un basurero virtual donde la humanidad vomitaba sus ideas más idiotas, absurdas y desquiciadas, para luego dejarlas fermentarse como si fueran queso artesanal. Imagina un coctel de esoterismo, piratería y la ansiedad adolescente destilada en posts con títulos tan gloriosos como "Kiero invokar un súcubo pa k sea mi novia" o "Cómo hago un tulpa xk me siento solo y mi perro no me entiende". La ortografía era tan atroz que parecía que los usuarios tecleaban con los pies mientras se rascaban la cabeza con un tenedor.

"La Cueva de Satán" era el paraíso de los conspiranoicos con el cerebro frito, un circo de tres pistas donde los payasos eran los usuarios y las teorías eran los malabares que nadie entendía. Había links rotos de Mega que prometían grimorios piratas como La Llave de Salomón o libros de Aleister Crowley que te harían "despertar" espiritualmente, pero que al final solo te daban un virus que hacía que tu computadora zumbara como transformador o un PDF mal escaneado con recetas de cocina que parecían sacadas de un recetario de la abuela. Entre los clásicos del foro estaban joyas inmortales como "Los duendes controlan los OXXOs", una teoría que afirmaba que esas tiendas de conveniencia eran en realidad manejados por seres diminutos con gorritos puntiagudos. Otro usuario, con la seriedad de un filósofo griego, aseguraba que solo comía tortillas de maíz porque las de harina eran un complot gubernamental para "controlar a la población" a través de algún mecanismo misterioso. ¿Cómo funcionaba exactamente ese plan maquiavélico? Ni él lo sabía, pero lo decía con la convicción de un científico que acaba de descubrir la cura del cáncer.

El Chupe, con la seriedad de un monje medieval que acaba de desenterrar un manuscrito prohibido, devoraba cada disparate como si estuviera a punto de encontrar el significado de la vida entre tanto estiércol digital. Se sentaba frente a su computadora —una reliquia del pleistoceno y se sumergía en hilos interminables que parecían escritos por un comité de simios. Uno de sus hilos favoritos era el de "LordGoku1997", un usuario legendario que juraba haber encontrado un duende en un bosque cerca de su pueblo. El relato venía con 800 posts de puro caos narrativo y fotos borrosas de lo que claramente era un muñeco de plástico vestido con un disfraz de duende de Navidad que probablemente había robado del árbol de su tía. Según LordGoku, el duende le habló en un idioma raro —que él describió como "una mezcla de náhuatl"— y le dio un "mensaje para la humanidad" sobre no tirar colillas en el bosque. El Chupes, en vez de cuestionar la existencia de ese supuesto duende o la cordura de LordGoku, se rascaba la barbilla como filósofo de barrio y se preguntaba por qué demonios estaba perdiendo el tiempo con eso en lugar de estudiar para el examen de cálculo que llevaba reprobando desde el gobierno de Porfirio Díaz.

Pero la joya de la corona llegó una noche particularmente oscura, cuando encontró un hilo titulado "Ritual definitivo para abrir tu tercer ojo y ver más allá". El método era simple, místico y absolutamente estúpido: untarse chile en polvo en los ojos mientras repetías un cántico que parecía sacado de una película de terror. El autor, un tal "DuendeFumado420", aseguraba que esto "despertaría tu conciencia espiritual" y te permitiría ver "las verdades ocultas del universo". En su fiebre esotérica, El Chupes no registró que esto era realmente estupido y decidió probarlo. Corrió a la cocina, tomó un frasco de chile en polvo que su roomie usaba para los tacos, y se lo untó en los ojos con la solemnidad de un sacerdote en medio de un ritual.

El resultado fue increíble, pero no en el sentido que él esperaba. En menos de tres segundos, sus ojos se convirtieron en tomates llorosos, rojos e hinchados. La nariz le goteaba como manguera rota, y empezó a retorcerse en el suelo como si lo hubiera poseído un demonio particularmente torpe. Entre gritos de dolor que resonaban por todo el edificio, soltaba risitas maniáticas, como si el chile le hubiera desbloqueado el secreto de la comedia espiritual y ahora entendiera el chiste final del universo. Su roomie, un tipo flaco y desgarbado llamado Beto que estudiaba Contabilidad, lo encontró tirado en el suelo y lo miró con una mezcla de lástima y confusión, pensando que El Chupe se había metido algo fuerte. "¿Qué te pasa, wey?", preguntó Beto, pero El Chupes solo respondió con un gemido ahogado y una risa que sonaba como una hiena moribunda.

Cuando por fin se recuperó, después de lavarse la cara con agua helada y maldecir a todos los dioses conocidos, juró vengarse del bromista detrás del ritual. Furioso, volvió a "La Cueva de Satán" y escribió un post kilométrico despotricando contra "DuendeFumado420", llamándolo "estafador de quinta" y "enemigo de la humanidad". Pero la comunidad no lo tomó a bien. Le respondieron que "lo había hecho mal" porque debía usar "chile habanero orgánico" para que el ritual funcionara, y que el chile en polvo de supermercado estaba "contaminado con energías capitalistas". Para colmo, lo banearon por "troll", acusándolo de no tomarse en serio un ritual "obviamente legítimo". El Chupe se quedó con cara de "qué carajos", mirando la pantalla con los ojos todavía rojos y un cigarro temblando entre sus dedos.

Días después, algo extraño empezó a pasar. Primero fueron visiones tontas, como destellos de clarividencia inútil: "El gas se acaba el jueves" (lo cual se cumplió cuando intentó calentar su Maruchan y se quedó con el agua fría), o "Voy a reprobar Circuitos otra vez" (una profecía que no necesitaba poderes místicos para acertar). Pero luego, una noche mientras fumaba en su ventana y miraba la luna como filósofo de banqueta, vino una visión digna de pesadilla. Se vio a sí mismo en un futuro desolado, viviendo bajo un puente en una casa improvisada de cartón y láminas oxidadas. Cazaba ratas con una vara puntiaguda para sobrevivir, con la destreza de un cavernícola, y su cabello grasoso le caía sobre la cara. Lo peor no era la miseria ni el hedor de su propia existencia; era que se vio usando una playera del América, él, que juraba que el único deporte digno era el

levantamiento de caguamas. Esa imagen lo golpeó como un martillazo en el alma. ¿Cómo había caído tan bajo? ¿En qué momento su vida se desviaría tanto para terminar así?

Horrorizado, El Chupes despertó de su trance sudando como cerdo en matadero, con el corazón latiéndole como tambor de banda sinaloense. Se levantó del suelo tambaleándose, con la ropa pegada al cuerpo como si hubiera corrido un maratón, y decidió que ya basta de mamadas. Abrió su computadora, seleccionó todos los PDFs piratas que había bajado de "La Cueva de Satán" —desde grimorios falsos hasta manuales para invocar demonios— y los mandó a la papelera digital con un clic. Corrió a la tiendita de la esquina, compró un cuaderno nuevo con olor a esperanza (y a papel barato), y juró que esta vez sí pasaría primer semestre. Se imaginó a sí mismo sentado en clase, tomando apuntes como estudiante modelo, aprobando exámenes y dejando atrás su vida de conspiraciones y sopas instantáneas.